

principio hasta el fin del Concilio de Calcedonia.

52. En su consecuencia los Padres escribieron al Vicario de Jesucristo noticiándole todas sus deliberaciones, y pidiéndole la misma aprobación del último cánón (1). „Os rogamos, dicen, que honreis nuestra decision confirmándola con la vuestra; y conviniendo por nuestra parte con Vos que sois nuestro Padre y Cabeza en la unidad de la fe, la eminencia de vuestra autoridad ponga igualmente el último sello al decreto que ordenaron vuestros hijos en honor de la ciudad imperial. Sirviéndoos, pues, de vuestra solicitud acostumbrada respecto de la Iglesia de Constantinopla, haced resaltar sobre ella algún rayo de ese vivo conjunto de luces y de esplendor que circunda vuestra Cátedra apostólica. Tales son nuestros deseos y confianza que se fundan en la sabia generosidad de un padre que derramará con gusto su abundancia sobre sus hijos. A la verdad, vuestros legados nos han resistido con vigor, pero sin duda para reservar á vuestra Santidad el honor de tan loable obra, y á fin de que Vos pongais de manifiesto vuestro celo por la gloria de la disciplina y por la firmeza de la fe.”

53. Leon no quiso acceder á una demanda tan persuasiva. Confirmó el Concilio de Calcedonia en cuanto á la condenacion de la heregía y de los hereges, congregado, dice, por el mandato de los Emperadores con el asenso de la Sede apostólica (2); pero respecto á la prerogativa de la Iglesia de Constantinopla, rehusó constantemente confirmarla. Así dice

(1) *Concil. Chalced. pag. 328.* (2) *Leo. M. Epist. 54.*

á Anatolio: „no quiera Dios que contra mi conciencia contente vuestros deseos ambiciosos. Sabed que no tiene fuerza alguna el cánón mismo de Constantinopla sobre el cual los apoyais; pues no se hizo de acuerdo con la santa Sede (1).” Luego le reprende con un tono de viva autoridad, el haberse arrogado contra los cánones la ordenacion de Máximo de Antioquia.

Dice en una carta al Emperador Marciano, en la cual usa de intento el título de Obispo de la Iglesia Romana y universal, que bastaba á Anatolio el haber ascendido á la Silla de la ciudad imperial por el favor del Emperador y el asenso de la Sede apostólica, sin querer ensalzarse á espensas de las demás Iglesias. „Si no le he hecho cargo, añade, sobre la ordenacion que tuvo la osadía de hacer de Máximo, tan solo ha sido en gracia de la paz.” Escribió tambien al mismo Máximo, y en esta carta reprende á sus legados por haber permitido que Anatolio tuviese la preferencia en el Concilio de Calcedonia sobre este Obispo de Antioquia, y despues declara que todo lo que se dice hecho ó tolerado por estos legados, á escepcion de las definiciones de la fe, quedará sin vigor y efecto. Échase de ver por estas diversas cartas, que al Papa San Leon no le ocupaba el cuidado de la preeminencia esencial de su propia Sede, la que no tenia oposicion; y no alega otra causa mas poderosa contra las pretensiones del Patriarca de Constantinopla, que el de la injuria hecha á otras Sillas prin-

(1) *Id. Epist. 53.*

eias del Occidente. Habian entrado estos bárbaros en las Galias desde el año anterior, y talado las ciudades de Colonia, Tréveris, Metz, Rhems, Besanzon, y todas las mejores plazas que habian encontrado en su tránsito hasta Orleans, á escepción de París, la que se vió libre por Santa Genoveva, como Troyes por San Lupo (1).

61. No fue suficiente toda la santidad de Genoveva para evadirse de la calumnia, aun viviendo el mismo San German que la dió por esto pruebas mas evidentes de su grande estimacion (2). Despues de la muerte del santo Obispo y por su orden tomó tambien su archidiácono la defensa de esta illustre vírgen, y la precision de ausiliarla jamás fue tan perentoria como en el instante que los Parisienses se vieron amenazados por el terrible Átila. Turbados hasta el delirio por el esceso de su consternacion y por lo cercano del riesgo, se tornaron contra su misma bienhechora. Llegó á París el archidiácono de Auxerre á tiempo que conspiraban contra ella, ó mas bien quando su muerte estaba ya decretada, y se deliberaba sobre el modo de ponerla en egecucion, ya fuese apedreándola ya arrojándola en el rio. Su fe y aquella intrépida confianza en Dios, que en tanto que los ciudadanos se deshonoraban con un cobarde temor, la hacia exhortarlos á que permaneciesen impertérritos en su ciudad, pues el Señor la queria preservar, en vez de refugiarse, como lo pensaban, en las plazas

(1) *Gregor. Turon. lib. 2. hist. cap. 6. et 7.* (2) *Bolland. ad diem 3. Jan.*

inmediatas que serian saqueadas, era todo su delito.

El archidiácono hizo volver á los Parisienses á la equidad y á la razon, animando su valor y hablándoles de Genoveva de este modo: guardáos de intentar cosa alguna contra esta santa vírgen, siempre tendré presentes las palabras con que oí muchas veces celebrar sus virtudes al santo Obispo German. Por último, los Parisienses pusieron su confianza en los consejos de la Santa, y París quedó salva. Todas las preocupaciones volviéronse entonces accion de gracias y veneracion religiosa. El nombre de Genoveva no solo fue celebrado en todas las Galias, sino tambien en los confines del Oriente; de modo que el illustre San Simeon Stilita, se hacia encomendar en sus oraciones por medio de todos los Galos que iban á visitarle. Los Reyes mismos hablaban de ella respetuosamente. Clodoveo la honró en particular mientras su existencia, que llegó hasta la edad de ochenta años, á pesar de sus austeridades, y así murió cerca del año 500. Sobre su tumba mandó levantar aquel Rey la Basilica de San Pedro y San Pablo, á la cual el pueblo superando en piedad al Monarca, dió insensiblemente el nombre de Santa Genoveva, y la tomó por su patrona y protectora.

62. Mucho mas cercana á su ruina se vió aun la ciudad de Troyes que la de París. Ya el Rey y el innumerable egército de los Hunnos se avanzaban contra ella, anunciando su postrera calamidad con la sangre y el fuego, de que dejaban funestos señales por donde pasaban, cuando el Obispo San Lupo emprendi-

dió salvarla (1). Salió este impertérrito Pastor al encuentro del Príncipe feróz, cuya sola vista causaba terror y espanto. Era de mediana estatura, pero de espaldas anchas, pecho abultado y cabeza enorme: los ojos pequeños pero vivos, la nariz roma, los cabellos desgreñados, y la color muy obscura, de modo que su aspecto unido á la fiereza de su andar, y los movimientos convulsivos que le agitaban de continuo, era suficiente para inspirar terror, y justificaba el nombre de azote de Dios que tomaba gustoso (2). Superior Lupo al espanto general se acercó á él y le preguntó ¿qué queria ó buscaba? ¿Ignoras quien soy? respondió el bárbaro: el azote del Dios vengador cumple su destino. Y yo, dijo el Santo, soy un lobo sin su ferocidad natural, y encargado de guardar el rebaño del Dios de misericordia. Perdonad á las débiles ovejas y herid solo al Pastor. Agradó al feróz Hunno esta confianza y serenidad, cuya alma amansó el Señor y Troyes fue libertada.

63. Átila pasó á sitiar á Orleans; y entretanto todos los pueblos extranjeros establecidos en las Galias, los Godos, los Francos y los Borgoñones, unidos con los Romanos, por el temor de un enemigo mas terrible se acercaron á combatirlo; por lo cual levantó el asedio y se retiró á Champaña (3). Siguióle con sus aliados el General Romano que era Aecio, y le derrotó, lo que le obligó á dejar las tier-

(1) *Sur. ad diem 25. Jan.* (2) *Jornand. cap. 2. pag. 471.*

(3) *Sidom. Epist. 15.*

ras del Imperio (*): mas el año siguiente reparando sus pérdidas, volvió por la Panonia y penetró por la Italia, proponiéndose nada menos que tomar á Roma. El ejército de los Hunnos compuesto de trescientos mil combatientes, conducidos por un Príncipe tan guerrero como valiente, inspiraba tal terror y habia tan pocas fuerzas para resistirle, que el Emperador Valentiniano y el valiente Aecio meditaban abandonar el centro del Imperio.

64. Mas antes quisieron tentar el medio de la negociacion, pidiendo á San León Papa que se pusiese á la cabeza de esta embajada; y con efecto logró mucho mas de lo que se esperaba (1). Se juzgó que este conquistador no habia podido detenerse en el curso de tan feliz expedicion, sino por alguna terrible maravilla, pero el poder del cielo que tiene en su mano el corazon de los tiranos, y la elocuencia prodigiosa que inspiró al santo Pontífice, no eran menos eficaces que las mas terribles visiones. Las tropas mismas de Átila miraban á Roma como una ciudad santa, cuyo ataque seria funesto, y los Hunnos se decian unos á otros, que Alarico despues de haber saqueado á

(*) Esta fue la célebre batalla, llamada despues de los campos Catalaunicos, cuya descripción traen cuasi todos los historiadores, y puede verse en el Padre Mariana lib. 5. cap. 3. En el principio de esta accion murió Teodoro, Rey de los Godos, y le sucedió su hijo Turismondo, proclamado durante la batalla por el ejército, y coronado poco despues en Tolosa, capital entónces del reino de los Godos.

(1) *Prosp. et Casiodor. Chronic. ad ann. 452.* (1)

Roma no había vivido mucho tiempo. Átila se alegró de ver á San Leon por su extraordinaria nombradía; y acaso no le desagradó tener una buena excusa de interrumpir una expedicion peligrosa. Hizo, pues, cesar las hostilidades, y se retiró á la otra parte del Danubio prometiendo hacer la paz.

65. Participó á San Leon en una carta Juliano de Cós, encargado siempre de los negocios del Papa en Constantinopla, la parte que tomaba en los males que había sufrido la Italia con la irrupcion de los bárbaros. Interesóse al propio tiempo á favor de Aecio, archidiacono de Constantinopla, á quien el Patriarca Anatolio, con pretexto de honrarle, pero en la realidad para despojarle del archidiaconato que daba mucho crédito, y tenerle en una especie de destierro, le había ordenado presbítero titular de una Iglesia fuera de la ciudad. Lo que era aun mas irregular, es que había elegido por sucesor de este católico celoso á cierto Andrés, amigo de Eutiques, y acusador en otro tiempo de Flaviano: de modo que Anatolio se hacia en extremo sospechoso de no haberse separado sinceramente de los hereges. Hizo San Leon sus representaciones sobre este asunto al Emperador y á la Emperatriz, exhortándolos vivamente á que obligasen á Anatolio á mudar de parecer (1).

Tambien les recomendó al Obispo Juliano, para quien estas cartas servían de credenciales en calidad de legado encargado de defender en Constantinopla en nombre del Papa los derechos de la fe y de la

(1) *Leo. M. Epist. 57. et 58.*

Iglesia contra las heregias que corrian. Tal es el principio de los legados, llamados despues apocrisarios ó corresponsales, á imitacion de los agentes que ya tenían allí los Patriarcas de Alejandria y Antioquia; mas los de Roma estaban además empleados en especial en lo tocante al interés general de la Iglesia, y éste en particular en observar de cerca al Obispo Anatolio que daba bastante motivo para esta institucion, cuya necesidad no se había echado de ver hasta aquel entonces. No dejaba San Leon de prevenir á Juliano todo cuanto participaba á la corte. Pedía le noticias ciertas de la Iglesia de Alejandria, relaciones exactas acerca de los desórdenes promovidos por los monges de Palestina, de los cuales el Papa solo había oido hablar confusamente.

66. Poco despues recibió las noticias que ansiaba, y al mismo tiempo la nueva feliz de que la corte había puesto remedio á un mal tan perentorio. A peticion de Juvenal de Jerusalem, refugiado como hemos visto en la ciudad imperial, había escrito el Emperador á los monges de Palestina, para atraerlos por medio de la dulzura y de la persuasion; esforzándose á hacerles conocer la inconsecuencia de entregarse á Teodosio sectario de Eutiques, al propio tiempo que anatematizaban el eutiquianismo. Sin duda Marciano creía dignas de indulgencia la ignorancia y simplicidad de estos solitarios; pero no les dejó ignorar, que á ruegos del Obispo Juvenal y con la esperanza de su conversion les concedia estas muestras de su clemencia y bondad.

principales del Oriente contra lo resuelto antiguamente en el Concilio Niceno.

54. Formáronse otros muchos cánones en el Concilio de Calcedonia. Enumeran los griegos hasta treinta, comprendiendo el de las prerogativas de Constantinopla que es el veintiocho. No cuentan los latinos mas que veintisiete recibidos en toda la Iglesia, y de los cuales los que son en verdad de este Concilio fueron ordenados en las seis primeras sesiones, como lo indican los antiguos egemplares en los que se hallan al fin de la sesta. No se pueden atribuir sin embargo con seguridad á las sesiones ecuménicas de este piadoso y célebre Concilio, sino los tres cánones que hemos referido tratando de estas sesiones, aunque los otros sean tambien muy antiguos y muy respetados de toda la Iglesia que guarda hoy la misma disciplina.

Conminatorias son las excomuniones de este Concilio, siendo muy raras en la antigüedad las penas incurridas por el solo hecho; y esta manera breve de proceder no se hizo necesaria hasta los tiempos posteriores. Veda el canon sexto ordenar clérigos que no estén adictos á alguna Iglesia, y tal fue desde el Concilio de Nicéa, que formó un reglamento semejante, el origen del titulo fijo de los beneficios. Testifica el nono, que aun estaba prohibido á los eclesiásticos llevar sus causas á los tribunales seculares. Si tenian dos clérigos alguna rencilla, debian dirigirse al Obispo: si esta era con el Obispo mismo, se debia recurrir al Concilio Provincial; y si contra el Metropolitano, al Exarca ó Patriarca. Este canon fue confirmado respecto á

la sustancia por una ley del año cuatrocientos cincuenta y seis, que mandaba que no se pudiese acusar á los clérigos en juicio, sino ante el Obispo, á no ser en Constantinopla donde en cuanto á los negocios temporales se permitia citarlos ante el Prefecto del Pretorio, sin que ellos mismos por su propio movimiento pudiesen acudir á ningun juez lego. El canon catorce prohibiendo á los lectores contraer matrimonio con mugeres de fe sospechosa en las provincias donde les era permitido, nos enseña que esa libertad no era general aun para un órden menor: sólida prueba de la exactitud de la Iglesia en guardar continencia perfecta en las órdenes superiores.

Puede observarse tambien que el órden de las sesiones ó materias distintas que se trataron en Calcedonia, no es el mismo en todos los egemplares. Provenia esta diferencia que no se ciñe tan solo á las actas de este Concilio, de que los Obispos de las Sillas principales llevaban cada uno sus notarios particulares á los Concilios generales, y les hacian trasladar las actas segun la necesidad que tenian de ellas. Con cuidado recogian todos lo que era interesante universalmente á la Iglesia, como los puntos de dogma y la disciplina general; pero en lo respectivo á los asuntos particulares, aquellos á quienes no interesaban, ó los omitian, ó no los ponian en su coleccion, sino segun el grado de importancia que querian darles.

55. Sostuvo el Emperador Marciano con toda su autoridad los decretos de Calcedonia. Dióscoro, alma de la heregía eutiquiana mas que el mismo Eutiques,

fue confinado á Paflagonia, donde murió miserablemente. Para quitarle toda esperanza de ser restablecido jamás, se le dió orden á Teodosio, Gobernador de Egipto, de que reuniese el pueblo y el clero de Alejandría, con el objeto de elegir nuevo Patriarca.

56. Eligieron en efecto á Proterio á quien Dióscoro nombrara por su Vicario al partir al Concilio; pero tenia á su favor otros títulos. A mas de su prudencia y ciencia, que podian merecerle la confianza de su Patriarca, era de una alta virtud: lo que le atrajo muchos pesares de parte de un pueblo licencioso y muy adicto al último Patriarca, que no incomodaba á nadie en su manera de vivir.

57. Cuando vieron del todo mudada la escena y que se procedia á la egecucion de los decretos canónicos, reclamaron á Dióscoro con furor y llegaron á los mayores excesos (1). Inficionados ya los monges en gran número de los nuevos errores, hacian tomar cuerpo al descontento y á la sedicion, y tomando parte en las disensiones se mostraban los mas furiosos. Creyó el Emperador que podria tener á raya á Alejandría cortándola la distribucion ordinaria de granos, y prohibiendo los baños y los espectáculos; pero subiendo cada vez mas de punto la confusion y el motin, pareció mejor disimular con un pueblo tan conmovido y considerable, y efectivamente se calmó por algun tiempo. El Obispo Proterio corria entretanto riesgos continuos, y su Pontificado jamás estuvo del todo pacífico. Teniendo la nueva heregia por au-

(1) *Evagr. lib. 2. hist. cap. 5.*

tores y defensorés á los monges, desde entonces aquellas provincias llenas de cenobitas y solitarios quedaron de tal modo infestadas que nunca volvieron completamente á la pureza de la fe. De este modo principió el cisma de los que despues se apellidaron Coptos ó Jacobitas que existe aun.

58. No fue el daño tan grande en Palestina, pero no dejó de haber allí muchas alteraciones causadas por un monge intrigante y vicioso llamado Teodosio. Hábiale en otro tiempo convencido el Obispo de muchos delitos, y así fue arrojado de su monasterio. Pasó á Egipto, y se declaró furiosamente contra el mismo Dióscoro, entonces Patriarca, y se le condenó á ser azotado en público y paseado por la ciudad en un camello. La faccion del monge Bársumas vino muy á tiempo para animar las esperanzas de Teodosio en la infamia que acababa de sufrir; pero le era indispensable sacrificarse á Dióscoro autor de aquel ultrage, en lo cual su bajeza de alma no encontró tropiezo alguno. Vino, pues, Teodosio al Concilio de Calcedonia, volvió al punto despues á Palestina, y clamó por todas partes con una desvergüenza é insolencia sin freno, que el Concilio habia hecho traicion á la fe, restablecido la heregia de Nestorio, y reconocido en Jesucristo dos personas, que era necesario adorar. La Emperatriz Eudisia retirada á esta provincia desde su viudéz, no habia depuesto aun sus zelos contra Pulqueria. Se declaró al pronto contra un Concilio que protegía su rival, y á favor de la faccion que por este medio llevó tras sí en poco tiempo la mayor parte de

los monges y del pueblo. Juvenal de Jerusalen habiendo vuelto de Calcedonia, donde por fin se declaró generosamente por la buena doctrina, intentaron hacérsela abjurar, pero con violencia y desorden tan espantosos, que se tuvo por muy feliz en poder volver á toda prisa á buscar un asilo en Constantinopla. Sobornaron á un infame para que le asesinasen; pero erró el golpe, y queriendo de un modo ó de otro ganar su estipendio, mató á Severiano, Obispo de Scitópolis (1). Quedando, pues, á la sazón el campo libre á los cismáticos, se congregaron en Jerusalen y eligieron á Teodosio para su Obispo, el cual ordenó á otros para muchas ciudades de la Palestina, particularmente en las Sillas de los que no habian vuelto aun de Calcedonia. Estaba distante el Gobernador de la provincia, y ocupado con sus tropas contra los bárbaros. Trastornáronlo todo durante su ausencia, y tomaron sus medidas para no temerle á su vuelta. No se detuvieron para esto en abrir las cárceles y en dar indistintamente libertad á todos los malvados; los cuales unidos á la gente de Teodosio y Eudosa, osaron cerrar las puertas de la ciudad al que tenia en ella toda la potestad del Emperador. Egercióse la mas violenta persecucion contra el que no abrazase la comunión de Teodosio, fallando insolentemente anatema al Concilio de Calcedonia y al Papa Leon: saquearon los bienes de unos, entregaron á las llamas las casas de otros, los golpearon y azotaron con crueldad, y

(1) Niceph. lib. 15. cap. 9.

ultrajaron indignamente á las mugeres mas ilustres, y por fin hicieron muchos mártires. Así llenó Teodosio cerca de dos años la Silla episcopal de Jerusalen. 59. Recibieron de una manera harto diversa las provincias occidentales las decisiones del santo Concilio. Remitido habia ya San Leon, al menos á los Obispos de la Galia, su carta á Flaviano, y fue recibida con respeto y accion de gracias, segun se lo noticiaron de sus siete provincias en número de cuarenta y cuatro Obispos de una sola vez, sin hacer mérito de otras muchas cartas particulares. Así que las decisiones de Calcedonia fueron recibidas en Roma, se las envió el Papa con una copia de la sentencia dada contra Dióscoro. Lo propio verificó y con igual resultado con los Obispos de la Galia Cisalpina ó del Milanesado, y probablemente con los Prelados de todas las provincias restantes. En la contestacion de los Cisalpinos, que es una carta sinodal como la de los cuarenta y cuatro Obispos de la Galia propiamente dicha, declaran estos que han leído en su Concilio la carta á Flaviano, y encontrádola conforme á la sagrada Escritura y escritos de los Padres, y en su consecuencia condenan como ella los nuevos errores movidos contra el misterio adorable de la Encarnacion. 60. Vióse súbitamente abismado el santo Pontífice en nuevos sobresaltos mientras estas alternativas de dolor y de consolacion, con la irrupcion de los Hunos, que bajo el mando del terrible Átila amenazaban con una entera desolacion á las mas hermosas provin-